

# HOMERO CUEVAS: MAESTRO DE MAESTROS

## Homero Cuevas: un hacedor de estudiantes de Economía

Enrique Ferrer-Corredor\*

*Los buenos estudiantes de la Facultad van a ejercer como economistas; los estudiantes brillantes, usualmente se van a quedar como profesores. (Homero Cuevas).*

Un ser humano que piensa una disciplina mediante la construcción de conceptos rigurosos y perdurables, no importa el campo del saber, sino su capacidad para encontrar el ser como totalidad desde cada pregunta puntual, se llama filósofo. Homero Cuevas ofrecía a sus estudiantes en el aula su trasegar como filósofo en el campo de la economía.

A lo largo de mi morada en la Facultad de Economía en la Universidad

Nacional de Colombia (UNAL) adquirí la costumbre de tomar todas las materias ofrecidas por el profesor Homero Cuevas. Este recorrido incluyó Introducción a la Economía I y II, Macroeconomía, Economía Política y dos seminarios. En el primer semestre como estudiante fui eximido de presentar el examen final por estar entre los únicos siete estudiantes con promedio por encima de 3.4 en las notas previas. En los cursos posteriores, el rigor alrededor de la nota siempre fue de una gran tensión entre la población estudiantil. Sus parciales nos extraviaban entre laberintos de preguntas cuyo diálogo con sus propias dudas bifurca-

\* PhD en Filología Hispánica de la UNED (Madrid, Esp.), con MA en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo, licenciado en Español - Inglés de la UPN. Estudios de Maestría en Ciencias Políticas de la Universidad de Los Andes, y de Economía en la Universidad Nacional. Docente de la Universidad Externado de Colombia. Correo-e [enfer48@hotmail.com]



ban sin tregua el camino de sus recién iniciados estudiantes de Economía.

Un filósofo de la pregunta, un pedagogo cuyo amor por los paradigmas aferraba a sus discípulos a la aventura académica. Una clase del profesor Homero no se agotaba en la construcción de un tema, no se agotaba en la solución de un concepto, incluso tampoco en su aplicación a un ejercicio. Una clase de Homero sembraba un camino de paradigmas; su clase era cercada por las preguntas más pertinentes, era un diálogo secreto de sus angustias académicas compartidas en una catarsis pública entre el asombro, el sarcasmo, la ironía, la denuncia y el encuentro. La clase adquiría el matiz de una ceremonia: discípulo y maestro compartíamos la duda ilustrada.

Homero era un gran pedagogo porque su exposición temática de los problemas económicos emergía desde sus propios procesos de duda, desde anécdotas sobre preguntas a veces cotidianas del ser humano, desde sus caminos hacia la construcción de conceptos sólidos en sus libros. Homero no ofrecía mera información para resolver ejercicios, Homero transitaba sus propios procesos de aprendizaje con sus discípulos. Estudiamos con su libro *Fundamentos de economía*, copiado a máquina y en una edición casera. Su afán por compartir sus notas no daba espera ni a la imprenta ni a la burocracia editorial. No llamaba

a lista ni cerraba la puerta, su clase era una ceremonia del encuentro entre aprendices convocados por la armonía de un docente dispuesto para el despliegue de una sabiduría siempre convocante. La rutina de su piel, siempre tatuada en bluyín, acaparaba nuestra atención; esperábamos con ansias su llegada, incluso cuando al alternar su cátedra con la decanatura afanaba sus pasos de entrada y salida en el aula.

Fui testigo de muchos encuentros con nuestro emérito profesor. Una anécdota ilustra su entrega y su vivencia, su habitar en la facultad. Durante un semestre tomé dos materias al mismo tiempo: lunes y miércoles, Macroeconomía; martes y jueves, Economía Política. Un estudiante de la clase de Economía Política preguntó al maestro sobre la crítica hecha a su obra. El maestro reaccionó incluso con algo de enojo a lo que consideraba la ausencia de una crítica seria sobre su trabajo. Al día siguiente yo era el único estudiante que repetía jornada con el profesor Homero, con una audiencia ajena al debate mencionado. Homero inició la clase de Macroeconomía hablando todavía sobre la ausencia de crítica sobre su obra, como si la audiencia fuese la misma; nadie entendía la situación ni daba contexto a su enojo. Guardé silencio y disfruté del privilegio.

En la defensa de la tesis de economista de un amigo, Freddy Cante, Homero hizo un pedido en su intervención co-

mo jurado de esta: reclamó la necesidad de dar un margen de libertad a los testistas para abordar temas y caminos no ortodoxos en la economía. El hombre riguroso e inflexible tendía siempre puentes a las preguntas. Yo mismo tuve el privilegio de presentarle un trabajo en el que relacionaba el surrealismo y la economía, calificado con benevolencia de su parte. En realidad, fue él quien un día dijo que deseaba que alguien escribiera sobre esta relación; me ofrecí para ser el capitán de ese barco.

Los estudiantes de Homero en los seminarios coterminales éramos una cofradía. Homero se incomodaba con los cursos grandes en estos seminarios. Sufríamos en la apertura el trabajo arduo con lectura casi siempre en inglés, con un nivel complejo de matemáticas. Pronto, apenas al comenzar el semestre, el 50 % cancelaba. Un día, tras esa rutina de inscribir y cancelar, dijo: — Quería saber cuántos eran en realidad.

Alguna vez, ante la violencia tras debates internos de la ciudad universitaria, defendimos la Facultad de Economía de la UNAL bajo la decanatura de Homero. El profesor Cuevas y los estudiantes protegimos las paredes y los murales internos con nuestros cuerpos, de algunos estudiantes radicales, quienes pretendían mancharlos con aceite quemado “el blanco burgués”. Un tarro de pintura arrojado a nuestro muro humano golpeó a Homero, entonces dijo: —Sigan, acaben con todo.

Era un amigo, un caminante, un solidario solitario. Muchas veces, en medio de mis caminatas en La Candelaria, encontré a Homero caminando alrededor, ya fuera en la séptima, ya de la Biblioteca Luis Ángel Arango, entonces el encuentro casual se prolongaba por horas. En medio de esos encuentros, vi a Homero entregar dinero a pordioseros, en especial a los ancianos. Alguna vez, en uno de esos encuentros no planeados, terminamos bebiendo vino en su apartamento frente a la Casa Silva. Las palabras hilaron el tiempo desde las 10 a.m.; sobre las 4 p.m., el hambre nos recordó el mundo alrededor: habíamos olvidado el almuerzo.

Su cerebro se desmoronó ante mis ojos. Lo máspreciado de un ser humano, su cerebro, fue cediendo ante la enfermedad; fue borrando los pasos entre la sangre y la memoria. El hombre, sus ojos, su presencia cedieron, abandonaron el intercambio de heridas cotidiano. No obstante, el diálogo no cesa, su palabra, acuñada como moneda de curso amado, está entre nosotros. Con sorpresa asisto a un olvido prematuro de sus debates y de su legado.

Debo al maestro Homero, a sus enseñanzas, a su amistad, a su solidaridad, mi permanente compromiso con la academia en torno a la economía y todos sus diálogos con otras disciplinas conexas. Debo a Homero mi habitar en la pregunta. Este es mi homenaje.